

BECKER, Howard: *Man in Reciprocity*. Introductory Lectures on Culture, Society and Personality. Frederick A. Praeger. New York, 1956, 459 pp.

El autor cree —citando y modificando la última palabra a Peacock, autor de *Crotchet Castle*— que, “mucho de lo que puede ser bien dicho no puede ser sabiamente escrito”. Sin embargo, se atreve a publicar en forma de libro las clases que por espacio de una docena de años aproximadamente dio en la Universidad de Wisconsin, esperando, en su intento, que la precisión y vivacidad de la palabra hablada pueda (aunque sea parcialmente conservada) compensar en algo “la falta de dignidad académica con todo su ropaje”

Reseña las particularidades de su enseñanza en la citada Universidad y se reconoce como “un adicto a las citas” poéticas; inclinación que refuerza porque “numerosos estudiantes y radio-escuchas (ya que las clases en ocasiones son radiadas) han apreciado no solamente el énfasis humanístico sino también la ayuda para la comprensión sociológica que tales citas brindan”. Y como el movimiento se demuestra andando, termina el prefacio diciendo: “Sólo puedo esperar que el lector en perspectiva diga, con Lamb: la siguiente frase, también de Lamb: «Hay cosas en esa forma que yo no acepto como tales».”

Becker comienza por hacer el examen de la naturaleza de la sociología como estudio *del hombre en reciprocidad*. Conciso en su estilo, poco afecto a largas parrafadas entiende por *Cultura* todas las cosas que el hombre hace con sus manos o lengua; por *Sociedad* un colectivo de personas, quienes en interacción, constituyen un sistema social en movimiento, y por *Personalidad* todas las consecuencias de la cultura y sociedad, que cuando son absorbidas, pueden ser observadas si con-

forman especímenes particulares de nuestra especie *Homo Sapiens*.

Acepta Becker que las definiciones son suficientemente oscuras como para ser misteriosas, cosa que él buscaba por su especial sistema pedagógico. Así, el título principal, “el hombre en reciprocidad” lo deja sin definición esperando que cada estudiante fabrique una que pueda considerarse como logro personal, una vez concluido el curso. A toda prisa, rastrea la etimología de la palabra “sociología”, pospone su definición y empieza por hablar de sus fines: Ya que se encuentra uno interesado en la sociedad, deberemos esforzarnos por arribar a unas conclusiones más o menos científicas. Tener una meta científica significa desarrollar el conocimiento de tal manera que tenga valor predictivo. En este sentido, la “ciencia de la sociología” (*sic*) deberá tener una cierta utilidad, la cual no debe ser inmediata necesariamente. En esta conexión, revisa algunas acepciones de la palabra “social”, así como la diferencia entre trabajo social y sociología.

Parte de considerar que la sociología es “el análisis científico del hombre en reciprocidad” o más precisamente “el estudio orientado a la predictibilidad de las relaciones interpersonales y, “aún con más concisión”: el estudio de las relaciones interhumanas como tales; nada más, nada menos.

Esto no significa que la sociología sea una cierta enciclopedia de las ciencias sociales; lo que quiere decir es que uno puede observar cualquier clase de conducta humana desde una variedad de ópticas. “Consecuentemente, podemos asegurar que el campo, no solamente de la Sociología sino de cualquier ciencia social (y en ese caso, de cualquier ciencia) está determinado, en su aspecto general, por el enfoque y no por la materia-objeto, ya que ésta es derivación del método en cierta forma y sólo en cierta forma...” y no a la inversa.

Encuentra Becker que el historiador

busca lo único descrito en su tiempo y espacio y aquí (lo reconoce Becker) se apoya en Rickert, Dilthey y otros. También señala que el economista, enfoca el problema en las actividades de obtención de riquezas, acentuando "obtención" y "riquezas" y propone tomar el fenómeno de la competencia con fines pedagógicos de distinción entre lo económico y lo sociológico.

El sociólogo se interesa en la competencia, sea ésta de prestigio, económica, religiosa o premarital. O sea, en esas fases de la actividad competitiva, sin considerar el reclamo de la competición. En otras palabras, el sociólogo tratará de decir algo muy general acerca de la conducta humana. Y no olvidemos que la generalización es directamente proporcional a la omisión, cualesquiera que sea el tema que se generalice.

La tarea del sociólogo es cernir todos los tipos de competencia (en su caso) y encontrar esos elementos que son comunes a todos. En el fondo se intenta encontrar el mínimo común denominador de amplios campos de actividad humana. "El sociólogo es, por así decirlo, el gramático de las Ciencias Sociales." Reconoce Becker que lo anterior es confuso y se remite a Shaw, quien dice que para asear un gato lo mejor es arrojarlo al lodo y dejarlo que se limpie él mismo lamiéndose. Asimismo lamenta que sus lectores y alumnos no puedan, a pesar de representar el *Homo Reciprocus*, actuar en reciprocidad.

En seguida el autor se refiere a la Moral y a la Sociología. ("Debería" y "Es" monismo social) y afirma que "Nuestro único objetivo en este estudio fundamentalmente es poder decir: 'Cuando los seres humanos hacen esto, estas son las consecuencias probables'. Lo que los humanos deberían hacer y las probables consecuencias que deberían o no ocurrir, es cosa muy importante, pero no de nuestro interés específico".

Con esto Becker no hace a un lado la

importancia de la moral personal del investigador o sociólogo ya que "(el maestro) lo más que puede hacer es proveer de algunos de los medios por los cuales se pueda arribar a algunas decisiones, darles la información relevante que se necesita para llegar a decisiones sabias; pero, en última instancia, la responsabilidad descansa en el sociólogo... Como sociólogo nos interesa únicamente este problema. ¿Qué pasa actualmente y qué pasará después? La Ciencia habla en forma declarativa, no en el imperativo o en el optativo. El interés de la sociología está en los problemas predictivos, no en los juicios normativos".

"Aunque es imposible la desvinculación emotiva..." tratamos de desvincularnos y, si no lo intentamos, no estaremos haciendo un genuino esfuerzo sociológico.

Supone Becker que una de las maneras más útiles de ver cuál ha sido la evolución de estas ideas, es la de revisar rápidamente algunos de los esfuerzos para desarrollar formas comprensibles de interpretar no solamente la conducta humana sino el universo en general.

Con el estudio del pueblo chino en sus orígenes, Becker encuentra que el cosmos está diseñado para ser de una sola pieza, monístico. Esta característica está visiblemente incrustada en la conducta social: es decir, en la etiqueta. Si por cualquier razón el soberano violaba el código de la etiqueta, *li*, violaba *ipso facto* la armonía, y desengranaba todo el sistema cósmico.

El resultado es que el jefe (inicialmente un guerrero que por su fuerza y su genio de estrategia mantenía bajo su autoridad el pequeño reino o ducado...) gradualmente fue siendo más y más ceñido por el ceremonial, por más sacerdotes, oficiales, burócratas. Con tantas limitaciones, el soberano estaba casi aislado. Cualquier catástrofe natural lo desprestigiaba, pues era señal de que había roto él mismo el orden universal con alguna transgresión y por lo tanto

cualquier duque... podía "podar" la cabeza del soberano incompetente y tomar su lugar. El derecho a la revolución, en este sentido —digamos el derecho de usurpación— descansa en la misma concepción del *tao* (el camino y la razón para el curso de las cosas) y su eficacia. Las estaciones también siguen un ceremonial prescrito y observan cortesmente el protocolo.

Dicho más técnicamente, los juicios morales y las afirmaciones existenciales están amalgamadas. La antigua sociedad china, al intentar explicar la sociedad, simultáneamente explicó el universo entero, y, al juzgar lo recto y lo equívoco también atribuyó características morales al cosmos.

Entre los egipcios todos estaban emparentados entre sí, si bien no directamente por vínculos sanguíneos sí por tener un ancestro común. Esta organización de parentesco dio luego paso a una organización territorial, y ésta forzosamente a lo largo del Nilo, cuyas afluencias deberían ser canalizadas ciclo a ciclo. Toda la actividad humana estaba dedicada a esto. Y por un mecanismo que ahora no veremos, al gobernante se le atribuía, finalmente, ser el causante de las afluencias. También ahí tuvo que ser rodeado de un grupo altamente estructurado de burócratas que tenían como función administrar el complejísimo sistema de riegos y conservar y aplicar el *maat* (justicia, orden) del gobernante. Encontramos pues que la noción del monismo social, con dos ramales (siendo el gobernante uno y la vuelta de las estaciones el otro), estaba ejemplificado claramente en Egipto. El resultado fue que, atribuido el *maat* al gobernante durante su vida, se hizo la extensión después de concluida ésta; entonces había que conservar su cuerpo momificándolo. Y aún más, conservándolo en un edificio hermético y construido siguiendo reglas geométricas precisas: la pirámide.

*Dualismo social y la responsabilidad del hombre*, se ponen así de manifiesto.

Este pensamiento social antiguo tiene una dualidad; no se trata ya de un solo mundo sino de dos: el del espíritu y el de la carne del cual se desprende. A esta luz es como se revisa el pensamiento social de los hebreos, el hindú y el griego.

Durante dos capítulos, Becker particulariza sobre sendos tipos de sociedades (a saber: una escocesa y una alemana) a las cuales describe, disecciona y analiza. Becker supone que hay dos polos dentro de los cuales se mueven las sociedades: el "sagrado" y el "secular". Para él una sociedad sagrada es aquella que imbuje a sus miembros, por medio de un control social en sentido amplio, una resistencia máxima al cambio. Al estudio de estas sociedades en la etapa sagrada dedica esta parte de su libro, ilustrando para el efecto con dichas sociedades escocesa y alemana.

Pasa luego a ser testigo de la transformación de la naturaleza humana a una etapa humana. Explica el significado de contexto, lo cual es importante ya que: "al estudiar algunos grupos sociales pequeños, corremos el riesgo de olvidar que ellos son aspectos de sociedades que tienen varios sistemas de valores culturales transmitidos. El hombre es un animal que valoriza..." "El hombre no tiene instintos suficientemente automáticos o infalibles como para ser guiado por ellos, aunque lo sea un poco, en el camino de este confuso y ruidoso mundo." Por lo tanto, tiene que idear mecanismos orientadores, proceso que es eminentemente humano: la naturaleza humana se vuelve humana.

Becker se detiene un poco y hace referencia a la mano, la oponibilidad del pulgar, la movilidad de la muñeca y la posición erecta del hombre; subraya la importancia del lenguaje articulado y resume su exposición diciendo que el hombre es un producto de su herencia biológica más su experiencia social. Para la formación del hombre, el papel que juegan los valores y papeles es decisivo. Considera luego las normas y los medios en la ac-

ción social. Habiendo puntualizado en el capítulo anterior la importancia que tiene el juego infantil en la formación humana (ya que es un adiestramiento en el desempeño de los papeles de la vida adulta) recuerda el pensamiento de M. Mead y Freud al respecto. Habla después de los fines y de los valores rectores. Aquéllos pueden ser: seguridad, respuesta, reconocimiento, nuevas experiencias, etc. Vuelve luego a las sociedades folk-sagradas y a la variedad de lo sagrado. Y da una serie de indicadores para medir la intensidad de lo sagrado de una sociedad. Después de haber subdividido a las sociedades sagradas en dos grandes grupos, analiza el segundo de ellos, el cual se configura cuando la sanción de la racionalización opera; cuando la racionalidad ha sido sancionada y ésta opera en todos sentidos. Toca, en seguida, las variedades de la sociedad secular y de la secularidad. Las sociedades no pueden ser completamente seculares. Esto supondría que existiría un panorama caótico, ya que no habría una homogeneidad en cuanto a los valores rectores sino una multiplicidad de ellos. Lo más que se podría decir es que cualquier sociedad está altamente secularizada o está secularizándose rápidamente.

Concede Becker un capítulo al estudio de las sociedades sagradas y seculares y a las variables de los patrones. Pasa al estudio de los tipos de personalidad, sociedad y persona cambiantes. Los humanos pasan por siete mutaciones, siendo la primera de ellas la etapa de la amoralidad y la última la de la personalidad liberada.

Se refiere, posteriormente, a los tipos y estereotipos. Hace una revisión de los postulados por Kretschmer al cual hace una seria objeción pues "no podemos olvidar el hecho de que la interacción social es otro miembro en la ecuación de la conducta social y aunque tengamos el tipo físico claramente descrito... nunca sabremos a ciencia cierta qué sucederá

después, a menos que conozcamos la situación social y el patrón societal general dentro del cual ese tipo físico específico se mueva y manifiesta sus «tendencias innatas»".

En el paso de una sociedad sagrada a una secular, se dan siete tipos de personalidad: el desajustado o inmoral; el malajustado o desmoralizado; el parcialmente ajustado o segmentado; el marginal; el ajustado o regulado irracionalmente; el ajustado artificialmente o decadente, y, finalmente, el ajustado o liberado. El siguiente capítulo se refiere a los pueblos comerciantes intermediarios. Los griegos, los armenios, los parsis, los janes, los chinos, etc. En esta parte, Becker entra en el tema de la familia como institución social. Perfilado el significado de la institución, y trata de probar que "la vida social puede ser tejida en una red ceñida al través del funcionamiento apropiado de sus instituciones".

Empieza su explicación con la familia y sigue con la pareja (que no necesariamente tiene que incluir a una mujer para ser objeto de la sociología). Siguiendo con el tema de la familia se detiene un poco en Freud, lo modifica e interpreta y termina por objetarlo seriamente; en seguida procede con el estudio de los papeles familiares, e inicia el tema de las instituciones políticas y el conflicto externo. Define al Estado como una institución entre otras. El Estado —dice— aparece "siempre que la permanencia relativa de la asociación de seres humanos que difieren individual o colectivamente, o una y otra cosa, es mantenida por coerción"

Ofrece Becker la explicación que la escuela de conflicto externo proporciona: simple exterminación; visitas periódicas; tributación a domicilio; emigración a la zona de influencia; regularización de la región conquistada a través del establecimiento de cortes y otros modos de control social formal. Pasa luego al pensamiento de la escuela del conflicto interno (Marx) en la que la estratificación de la

sociedad se debe a movimientos que se originan en el juego de los elementos contradictorios que cada sociedad cobija en su interior. Se dedica luego Becker a la comprensión de las instituciones económicas a los aspectos religiosos en las instituciones económicas a las instituciones educacionales. Dedicar un capítulo al análisis sociológico y sendos capítulos a los procesos sociales y a las estructuras sociales. Termina con un sumario y unas conclusiones.

Sergio Ramos García.

## LIBROS SOBRE EL ESCRITORIO

### II

Si bien el apremio de nuestra época y la incapacidad para identificarnos con hombres de otras impone la necesidad de que el sociólogo permanezca —a título provisional— dentro del ámbito de lo moderno, esto no impide pensar que en el futuro habrá que retroceder y será posible remontarse hasta las épocas en que sólo la paleoantropología penetra, para poder observar, *statu nascendi* —y aunque quizá no sea sino por vía indirecta— las relaciones interhumanas que, al desarrollarse, han dado origen a nuestras complejas sociedades actuales. Cuando esto ocurra, un trabajo sobre la Paleontología como el escrito por Santiago Genovés<sup>1</sup> no será ya sólo de utilidad para el especializado en estos problemas —como ya lo es actualmente— sino que brindará inapreciable ayuda a quien busca conocer la sociedad humana en todas sus dimensiones; en amplitud máxima, espacial y temporal.

La cita de Machado-Mairena con que

inicia su libro Genovés, no podía haber sido mejor elegida. Resume toda una filosofía básica. Casi no hay nada que diferencie al hombre del chimpancé. Nada, a no ser la disconformidad del hombre con lo que es. Nada a no ser la conformidad del mono con lo que es. Tratar de ser otro, y postular, por tanto, un “deber ser” que no se da por sí en este bajo mundo, establece toda la diferencia. Descubrir cuándo nace este principio de diferenciación será, tal vez, la misión más alta que corresponda a la paleoantropología; la que establezca quizá el anudamiento con la sociología. Un homenaje a Darwin, el de Genovés, al revisar la bibliografía de su centenario; pero, no menos, un Homenaje al Hombre, con reconocimiento de su estirpe y valoración de su obra.

Obra ya, más que obrero —aunque el obrero quede mentado por su obra— es la que aparece gracias a los empeños del prehistoriador. Hay restos humanos que nos hablan de esos hombres aún tan poco hombres para nuestras concepciones; tan poco hombres, pues que ni podían hablar expresamente, de sí mismos. Pero, tanto o más que restos, hay implementos, y hay manifestaciones artísticas. Gracias a ellos, podemos identificarnos básicamente —a través de los tiempos— con aquellos remotos antecesores nuestros: el hombre que trabaja, el hombre que juega. De él nos habla con erudición, pero en forma sintética, Juan Comas, en su *Introducción a la Prehistoria General*.<sup>2</sup>

Un hojear esa introducción a la prehistoria pone ante nuestros ojos, nuevamente, las diosas de fertilidad, las pinturas rupestres, y nos recuerda la dependencia del hombre primitivo respecto a la magia. Y también nos inclina a reconocer como algo prácticamente permanente, la tendencia fabuladora del hombre.

1. Santiago Genovés: *Paleoantropología y Evolución*. Cuadernos del Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1962.

2. Juan Comas: *Introducción a la Prehistoria General*. Instituto de Historia de la UNAM. México, 1962.